

Visita
al territorio de

Theodor Kallifatides



La Escalera
Lugar de lecturas

EL ASEDIO DE TROYA

Theodor Kallifatides

I

Tenía quince años y estaba enamorado de mi profesora. Corría 1945, comienzos de abril. Mi aldea llevaba ocupada por el ejército alemán desde 1941, igual que toda Grecia. Durante esos años la escuela no funcionaba. Los dos maestros —uno de los cuales era mi padre— habían sido cesados por los alemanes y no vino sustituto alguno. No sabíamos si vivía o si estaba ya muerto. Mamá lloraba por las noches y cuidaba de mí y de la casa por el día. Éramos sólo dos, éramos mamá y yo.

Un abogado jubilado impartía ocasionalmente clases de historia y griego. No en la escuela, puesto que los alemanes la habían convertido en un cuartel. Nos veíamos alguna vez en su casa, y más a menudo en su café de la plaza por las tardes, después de la siesta, cuando el abogado trataba de resucitar con varios cafés que tomaba «pesados, sin burbujas», es decir, sin azúcar y bien removidos. No es fácil precisar qué aprendimos en aquellas clases, pero nos volvimos unos ases con las cartas.

La Señorita llegó unade esas tardes en el autobús procedente de Atenas. La recibió el alcalde. Era una mujer joven, delgada como un haz de luz, si bien iba vestida de negro de la cabeza a los pies. Estaba perdidamente enamorado, por extraño que pueda sonar. Se trataba de la nueva maestra. Y eso era una buena señal. La vida volvería a la normalidad. Pero no para todos. Para mí significaba que probablemente papá ya no volvería jamás y me preparaba para la llegada de más noches aún de insomnio, con mamá sollozando en la habitación de al lado.

Mi único consuelo era la Señorita. No me saciaba de mirarla. Era pequeña, morena, con la mirada ardiente y unas manos bonitas que movía con frecuencia y deleite. Oficialmente nos referíamos a ella como la Señorita y extraoficialmente como la Bruja, pues conseguía que los furiosos y temerosos perros callejeros dejaran de ladrar. Si no, ladraban hasta a su propia sombra.

Fue Dimitra, mi compañera de juegos de la infancia, quien emitió el diagnóstico.

—Es una bruja —dijo.

Corría 1945, como he dicho. La Segunda Guerra Mundial se acercaba a su fin, el ejército alemán se iba retirando de todos los frentes, pero nosotros no sabíamos nada de eso y la vida en el pueblo seguía como de costumbre. Los soldados alemanes ya no nos eran tan ajenos, y a cada día que pasaba eran menos. Una parte pereció en la batalla contra los partisanos, y otra fue enviada al frente oriental.

Ahora, tras haber obtenido el permiso del capitán alemán, las clases se impartían en la escuela, situada a escasa distancia del pueblo. Ahí fue donde comenzó todo.

Era un día de sol, las ventanas estaban abiertas y veíamos cómo la bandera alemana ondeaba levemente al viento, juguetón. La Señorita estaba explicando que los verbos que expresaban una ocupación regían genitivo y brindó como ejemplo un dicho popular: «Todos los días, a primera hora de la mañana, la alegre esposa atiende su hogar». «Su hogar» ha de estar, pues, en genitivo.

—Vaya muermo de ejemplo —masculló Dimitra, que jamás había visto a su madre alegre por la mañana. Además, despreciaba toda regla, en especial las lingüísticas.

—Esposas que maniatan la fantasía —así las llamaba.

La Señorita opinaba lo contrario. Su principal deber y diversión era enseñarnos nuestra propia lengua.

—Ser griego es saber hablar griego —decía.

Cuando oíamos el estruendo de los aviones no nos preocupábamos. Creíamos que eran alemanes. En el pueblo había

un aeródromo provisional que los alemanes habían levantado para sus transportes durante el asedio de Creta. Mi abuelo y mi tío paternos se habían visto obligados a trabajar allí, al igual que la mayoría de los hombres del pueblo. Y lo mismo le habría ocurrido a mi padre, de no haber sido porque estaba encarcelado, si es que aún seguía con vida.

Estábamos en el aula cuando cayó la primera bomba y el vidrio de la ventana tintineó. Esto nos despertó más curiosidad que temor y corrimos afuera para ver dónde había caído. La primera víctima era una burra cargada de leña. Su gran panza se había partido en dos y agitaba las cuatro patas en el aire mientras moría lentamente.

Los aviones no eran alemanes. Eran británicos.

La siguiente bomba se precipitó sobre el precario retrete exterior de la escuela, y por los aires volaban zurullos como si fueran ratas o ratones muertos. La Señorita, que se nos había sumado, gritaba que si no queríamos morir debíamos correr hasta la gruta.

No queríamos morir. La gruta estaba a unos cientos de metros de la escuela, adentrándose por la quebrada que cruzaba el pueblo. Estábamos familiarizados con ella. Allí jugábamos a policías y ladrones, entre otras cosas, y a veces espiábamos a las parejitas que buscaban cobijo.

En la clase éramos seis chicos y una única chica, Dimitra. Siete. «Buen número —dijo la Señorita—, Dios creó el mundo en siete días».

Así pues, estábamos nosotros siete y la Señorita en la gruta. Era angosta, oscura, húmeda y estaba repleta de chinches y otros bichos. Nos sentamos, apretujados los unos contra los otros. Estaba muy cerca de Dimitra. La Señorita se plantó ante nosotros a la entrada de la gruta, la luz del exterior caía sobre ella y parecía uno de esos adustos ángeles de la iglesia del pueblo.

Las bombas seguían cayendo. Oíamos explosiones, el estruendo de los aviones y la sirena alemana. El campanero aprovechó la ocasión para hacer sonar la alarma. Le encantaba hacerlo, también antes de la guerra, cuando en verano se desataban incendios

fortuitos en el valle. Se podría decir que su vida cobraba sentido, si bien ensordecía como consecuencia.

La Señorita parecía tranquila y aguardó hasta que el agitado parloteo se apagó.

—Mirad, esto puede ir para rato. Yo no tengo ningún problema. Ya desde que estudiaba en la universidad soñaba con esto. Con tener una clase entera para mí sola. Aquí no hay nada que hacer, nada que ver. Estamos solos: vosotros y yo.

Dimitra tenía razón. Era una bruja. Los ojos se acostumbraron a la oscuridad, podíamos vernos los unos a los otros y podíamos, sobre todo, ver a la Señorita, allí donde estaba, ante nosotros, con su vestido negro de manga corta, moviendo sus hermosos brazos pálidos como gaviotas.

—Cuando tenía vuestra edad e iba al instituto vino un día un señor mayor a la escuela y nos leyó en voz alta fragmentos de la *Ilíada*, de la que quizás hayáis oído hablar. Trata sobre la guerra entre Troya, una ciudad a la otra orilla del mar Egeo, y los griegos o aqueos, como se los llamaba entonces. Aquel hombre que nos visitó era un recitador profesional, un rapsoda. Iba por las escuelas hablando de Homero, el autor de la *Ilíada* y la *Odisea*, y leía algunos pasajes en voz alta. Igual que, según parece, Homero, que era ciego. Iba de una ciudad a otra declamando sus poemas y la gente acudía en masa a escucharlo. Y yo pensé que podría hacer lo mismo. Os voy a contar la *Ilíada* de memoria mientras estemos aquí. Tampoco es que tengamos mucho más que hacer.

Era cierto. No teníamos mucho más que hacer en la gruta más allá de tratar de protegernos de las chinches y otros bichos.

—¿Esa guerra cuándo fue? —preguntó Dimitra.

—Hace mucho. Hace más de tres mil años —respondió la Señorita.

Dimitra suspiró.

—Qué divertido...

La Señorita no se lo tomó a mal. No sonaba especialmente divertido. Pero tampoco es que tuviéramos mucho más que hacer

en la gruta y la Señorita dio comienzo a la historia:

Sobre los campamentos de los aqueos lucía el sol, pero no sobre sus corazones. Ante ellos se erguían las murallas de Troya, elevadas, imponentes y bellas. Hacía casi diez años que las habían asaltado. Numerosos hombres buenos de ambos bandos habían perecido en arduas batallas. Pero la batalla decisiva estaba por llegar.

Los troyanos luchaban por sus vidas. Los aqueos, por su honor y por su gloria. Quizás no pesaran igual. El ejército estaba extenuado, los hombres echaban de menos a sus familias, sus hogares y sus tierras. Puede que la morriña no sea una enfermedad, pero debilita a los hombres como si lo fuera. Los hombres adelgazaban, los ojos se les hundían aún más en las cuencas, y también las mejillas. Se les caían los dientes, la boca les desaparecía tras el bigote, su aliento bastaría para resucitar serpientes muertas, padecían de estreñimiento crónico o de lo contrario, el pelo enralecía.

Sus conversaciones se volvían más y más monótonas y vulgares. Si alguien se rascaba la cabeza, siempre había otro que decía que le estaban poniendo los cuernos. Las mujeres estaban solas en casa y todos sabían qué podía pasar.

Los hombres intentaban mantener buen ánimo, pero al caer la tarde sus canciones se volvían más sombrías. Lo único que había mejorado con el tiempo eran los lazos de amistad que los unían. Todo lo soportaban juntos, el escudo de uno protegía al otro. La muerte de uno a menudo conducía también a la muerte del otro. Habían pasado, como decía, diez años y las bellas murallas de Troya habían demostrado ser inexpugnables.

Para los troyanos era distinto. Después de la batalla regresaban con sus familias, con sus esposas y con sus

hijos, y sus mujeres no en vano eran conocidas por sus marcadas cinturas. Orgullosas y erguidas, ataviadas con largos vestidos, aguardaban a la puerta cuando los maridos llegaban a casa. En las bañeras de mármol, el agua venida de los manantiales de las montañas estaba caliente. Las mujeres limpiaban el polvo, el sudor y las manchas de sangre de sus maridos, que recibían caricias, besos y amor. Así habían soportado diez años de asedio y podrían apañárselas para aguantar otros diez.

Una cosa es batallar en casa y otra totalmente distinta es combatir en tierra extranjera. La cuestión ya no era cuánto tiempo lograría resistir Troya al asedio de los aqueos, sino cuánto tiempo iban a ser capaces de continuar los sitiadores.

En otras palabras, su dirigente, Agamenón, sabía que algo había que hacer. Pero no sabía qué. Una sospecha, que ni siquiera se atrevía a reconocer, lo atenazaba. En cualquier caso, había llamado a los demás reyes y comandantes a su tienda.

También los demás albergaban sospechas. Sus razones tenían. Apenas había nadie entre ellos que no hubiera cometido una o más infamias en esos nueve años. Que no hubiera matado furtivamente, saqueado a pobres campesinos, raptado a mujeres y niños.

En lo más profundo de sus almas la duda los corroía. ¿Era esa una guerra justa? ¿Debían anegar de sangre Troya solo porque Paris, hijo del rey de la ciudad, Príamo, hubiera seducido o raptado a Helena?

Era sin lugar a dudas la mujer más bella que jamás había existido, se la consideraba más bella aún que la misma Afrodita, diosa del amor. Ciento diecinueve pretendientes de todo el mundo la cortejaban y su padre no se atrevía a elegir a uno por miedo a que pudiera desatarse una guerra de todos contra todos. Por eso, dejó

que Helena decidiera y exigió al mismo tiempo a todos los pretendientes que prometieran que, independientemente de con quién contrajera ella matrimonio, todos los demás protegerían al susodicho, y si alguien la raptaba y la apartaba de su hogar y su marido, todos los demás marcharían juntos a la guerra, conquistarían la ciudad del culpable y la reducirían a ruinas, ya fuera esta griega o bárbara.

Así pues, llegó el gran día en que Helena eligió como esposo a Menelao, el de las anchas espaldas, rey de Esparta. Con una corona de flores primaverales tempranas, se acercó a él y se la colocó sobre los claros cabellos.

Fue un matrimonio feliz en todos los sentidos.

Helena y Menelao vivieron felices, tuvieron siete hijos y ella se volvía más y más bella cada día que pasaba. Se decía que el gran girasol amarillo y la achicoria azul de su jardín se inclinaban ante ella cuando paseaba a última hora de la tarde. Que los pájaros dejaban de piar. Incluso que el río Eurotas cesaba de arremolinarse para que ella pudiera verse reflejada en sus aguas cristalinas.

Se dice que el diablo tiene muchas piernas, pero que las Moiras, diosas del destino, tienen más. Un día Menelao recibió la visita de Paris, hijo de Príamo, rey de Troya. Ambos reyes se conocían, por lo que era evidente que había que acoger a Paris. Este declaró que su nave había quedado gravemente dañada por una tormenta junto al sonado cabo Malea y se había visto obligado a abandonarla.

Ninguno de los dos podía imaginar las consecuencias que desataría esta visita.

La Señorita realizó una pausa y aspiró profundamente, como si hubiera estado aguantando la respiración mientras contaba la

historia. Avanzó hasta la entrada de la gruta y echó un vistazo afuera.

—Se han calmado las cosas. Podéis ir a casa. Mañana seguimos.

Dimitra y yo caminamos juntos hacia casa. Habíamos crecido juntos. Habíamos jugado a los médicos y examinado nuestras partes. Ella era mi más vieja amiga y yo su más viejo amigo. Éramos como hermanos.

—Bueno, ¿qué me dices de la Bruja? —preguntó.

No sabía cómo expresarlo.

—Tiene una voz bonita.

En la plaza todo había vuelto a la normalidad. El capitán alemán y el alcalde bebían *ouzo* antes de cenar. Y todos los demás hombres hacían lo mismo. Las mujeres más jóvenes caminaban del brazo arriba y abajo por el paseo y dejaban que otros se maravillaran. Era como si nada hubiera pasado.

II

Al día siguiente fuimos a la escuela, como de costumbre. La Señorita no perdió el tiempo.

—¿Hablamos de los verbos que rigen genitivo o seguimos con Helena y con Paris? —preguntó con una sonrisa maliciosa. Era una decisión fácil. Y comenzó:

Paris no era un cualquiera. Era hijo de un rey, apuesto, y cargaba con un pesado destino sobre sus espaldas. La víspera de dar a luz, su madre, Hécuba, soñó con una antorcha llameante que se alzaba sobre su cuerpo. Al profeta al que se consultó directamente acerca de ese singular sueño se le ensombreció la mirada y aclaró que se trataba de un sueño aciago. También el día en que nació el niño se consideró un día aciago.

Lo único que cabía hacer era matarlo.

Príamo no era capaz de hacerlo, se había quedado prendado al instante de ese chiquitín de cabellos claros y rizados. Pero se lo entregó a su pastor y le ordenó que lo matara. El pastor tampoco fue capaz de matar al niño y lo abandonó en el bosque. Nueve días después volvió allí para cerciorarse de que el niño había desaparecido, pero lo encontró en el regazo de una osa que lo amamantaba.

El pastor alzó la vista hacia el cielo. Los dioses querían que el pequeño siguiera viviendo. Lo colocó en su morral para cuidarlo como si fuera su propio hijo. A Príamo le

llevó la lengua de un perro como muestra de que el niño había muerto y la orden del rey se había acatado.

Pasaron los años y Paris se convirtió en un muchacho excepcionalmente hermoso, y se extendió el rumor de que no era hijo del pastor, cuya apariencia recordaba más bien a las cabras que guardaba. Un día pasó por allí una joven princesa. Se llamaba Casandra y era el orgullo de Príamo y la niña de sus ojos. Del dios Apolo había recibido, además, el don y la maldición de ver lo que nadie más veía, y veía que el bello joven era su hermano. Juntos fueron hasta el palacio paterno, donde se celebró una fiesta que duró tres días.

Esto le contaba Paris a Helena por las noches, cuando estaban a solas. A Helena se le despertaba el interés y quería saber más, quería saberlo todo. Así suele ocurrir cuando una mujer se está enamorando. Y él le siguió hablando de su ciudad, con sus bellas murallas y amplias calles, de la belleza de las mujeres y de su primer amor, una ninfa que era adivina y curandera. Cuando él la dejó, ella no se enfadó. Dijo simplemente que la buscara si alguna vez estaba gravemente herido, pues solo ella podía salvarle la vida.

—Tuvo que quererte mucho —dijo Helena—, ¿cómo pudiste dejarla?

Paris se encogió de hombros, como si no fuera con él la cosa, pero luego se arrepintió.

—No es fácil amar a un inmortal. Alguien que jamás envejece ni padece dolor, cuando uno sabe que un día habrá de morir y que otros lo reemplazarán, cuando uno ve su propio cuerpo encogerse y pierde el pelo, las ganas, la fuerza. Yo quería tener una mujer que envejeciera conmigo, que fuera a perderme o a la que yo fuera a perder. El amor sin dolor no es nada.

Eso dijo Paris, y Helena durmió muy mal aquella noche. Llevaba una buena vida con Menelao y no le disgustaba Esparta. Pero la mirada dulce y melancólica de Paris había despertado algo en ella que Menelao jamás había logrado. El sueño de otra vida, lejos de los polvorientos caminos de Esparta y de las afiladas y desafiantes miradas de los espartanos. Lejos del silencio de Menelao. Él jamás decía nada que no fuera absolutamente necesario. Las palabras de amor tiernas y susurrantes se las guardaba para sus caballos de batalla.

En definitiva, estaba enamorada. Qué delicia. Cuando veía a Paris, centenares de mariposas le danzaban en el pecho. Su esposo, Menelao —al que ella misma había elegido—, era fuerte como pocos, pero lo habían educado para luchar, no para quedarse despierto hasta altas horas hablándole en voz baja.

¿Quién podía culparla?

¿Quién podía culpar a Paris?

Juntos pasaban noche tras noche. Una cosa llevó a la otra y, un buen día, Helena agarró su dote y una considerable parte de su fastuoso ajuar y se marchó con Paris.

Fue el comienzo de una guerra que duraría diez años.

El delito de los amantes no fue baladí. Los reyes griegos, con Agamenón a la cabeza, habían jurado apoyar a su hermano Menelao, que quería recuperar a su esposa, y castigar a aquel que la hubiera raptado. Eso creía Menelao, que Paris había obligado a Helena a acompañarlo. No podía imaginarse que Helena fuera capaz de querer a otro hombre.

Las cosas empezaron mal. La flota griega, ya reunida, se mantuvo completamente inmóvil en la pequeña y barrancosa ciudad portuaria de Áulide. El viento no sopló en absoluto durante meses. No se movía ni una hoja. Los

griegos sacrificaban un toro tras otro, incontables ovejas, y pedían y rogaban porque soplara el viento, pero las velas pendían como orejas de asno. Lo único que quedaba por hacer era convocar al viejo adivino Calcante. Su consejo fue sencillo: Agamenón debía sacrificar a su amada hija Ifigenia. Pero Agamenón se negó. Los demás no dejaban de importunarlo, sobre todo Ulises y Menelao. «¿O sea que vamos a estar aquí esperando durante años por el bien de una muchachita?».

Agamenón se rindió e invitó a Ifigenia a Áulide con el pretexto de prometerla con Aquiles, el mayor de todos los héroes, y se podrá uno imaginar cómo se desbocó el corazón de la joven de dieciséis años al oírlo. Todas las muchachas soñaban con ese joven apuesto, de cabellos claros, que según se rumoreaba era hijo de una semidiosa. Ifigenia no sospechaba nada. El viaje de Micenas a Áulide tomó un par de semanas, colmadas de ensoñaciones relacionadas con la vida que la aguardaba. También se podrá uno imaginar la desesperación que se abatió sobre ella cuando su padre la colocó, con sus propias manos, sobre el altar sacrificial mientras derramaba grandes lágrimas amargas. «¿Por qué he de morir, padre?», preguntó Ifigenia. Agamenón carecía de respuesta más allá de que a veces uno ha de sacrificarse por su patria, su honor o el honor de otros, y él mismo oyó lo hueco que sonaba. No eran meras mentiras, eran falacias repulsivas. Pero la muchacha tenía que morir. Y así llegaron finalmente los vientos favorables que condujeron a los griegos hasta la costa de Troya y a la desconsolada guerra que duró diez años.

Agamenón vagaba de un lado a otro en su tienda con un leve malestar en el pecho, mientras esperaba a todos los demás reyes y comandantes. Hasta la fecha habían confiado en él. Pero ¿por cuánto tiempo seguirían

haciéndolo? Sobre todo después del espectáculo del día anterior.

Había aparecido el anciano de la túnica blanca en el campamento de los griegos con su báculo dorado en la mano. Llevaba consigo suntuosos regalos, oro y ganado. No era cualquiera, sino el máximo sacerdote del hermoso templo del dios del sol, Apolo, en lo alto de las montañas. Los hombres acudieron a él en masa inmediatamente. Sabían de qué se trataba. Su comandante en jefe, Agamenón, había raptado a la hija del sacerdote, Criseida, con su mirada relampagueante. El desconsolado padre había implorado en repetidas ocasiones a Agamenón que liberara a su hija. Ya se había determinado que algún día ella sería la máxima sacerdotisa en el mismo templo que su padre.

Agamenón se había negado. Muchos de los hombres y sus comandantes opinaban, pese a que no se atrevían a decirlo en voz alta, que aquello era un delito, que aquello atentaba contra la voluntad de los dioses.

¿Qué iba a pasar esta vez?

Agamenón comprendía que ni siquiera un poderoso rey podía contravenir la voluntad de los dioses. Sin embargo, dijo:

—No aprendes, vejestorio. ¿Qué te trae por aquí?

El máximo sacerdote no se dejaba amedrentar.

—Valeroso Agamenón, escúchame una última vez. Mira todos los presentes que traigo para ti y para tus hombres. Lo único que quiero yo es tener a mi hija.

Agamenón se rio.

—Pues qué pena, porque yo también quiero tenerla.

—Pero tengo también otro obsequio mayor que no se ve. Mi dios, Apolo, soberano del sol, ha prometido enviarte una deslumbrante victoria en esta guerra y un viaje seguro de vuelta a casa.

Las tropas, extenuadas por la contienda, escuchaban atentas. ¿Y si ese fuera el fin de esa infausta guerra? ¿Y si pudieran regresar a casa de una pieza, junto a sus familias? Su anhelo era tan evidente, aun cuando no lo verbalizaran, que Agamenón lo sentía venir hacia él como si de un cálido viento se tratara. Eso lo enfadó aún más. Había sacrificado a su hija para llevar a término esa guerra, pero ahora no podía renunciar a esa otra muchacha para ganar la guerra y salvar a muchas personas de una muerte oscura.

—Tu hija va a venir conmigo a mi ciudad y allí envejecerá en mi casa. Hasta entonces, se sentará frente al telar y vendrá a mi cama por la noche. Así que márchate de aquí, vejestorio, y ahórrame otra visita tuya, porque entonces ni siquiera tu dios podrá protegerte de mi ira —replicó Agamenón, terco como una mula.

Todos se quedaron sobrecogidos y más aún el desdichado padre, que abandonó el campamento con lágrimas en los ojos y caminó despacio hacia su casa a orillas del mar embravecido.

—Haz que sufran por cada una de mis lágrimas —pidió a su dios, Apolo. Y así fue.

La situación ya de por sí difícil del ejército se complicó aún más. Un sol inclemente los martirizaba todo el día, desde primera hora de la mañana hasta la caída de la tarde. El mar estaba calmo como una tabla. Ni una ola. Además, estaba lleno de medusas venenosas. Los hombres no se atrevían a bañarse y con aquel calor asfixiante la comida se estropeaba muy rápido. Estaban sucios, hambrientos y cansados. Apenas lograban ponerse la armadura. Durante las batallas diarias se comportaban como niños extraviados y se dejaban masacrar como si fueran ganado.

Algo había que hacer y Agamenón convocó un consejo. Cuando ya habían tomado asiento, Aquiles, el mayor héroe y guerrero griego, tomó la palabra y se dirigió a Agamenón.

—Creo que ha llegado la hora de recapacitar. El ejército ya no da más de sí. Se ve torturado por la peste, la fuerza de los valerosos troyanos y la ira de los dioses. Debemos pedir a un adivino o a un oritomántico que nos oriente. ¿Qué podemos hacer para cambiar el destino de la guerra a nuestro favor?

Dicho eso, tomó asiento. Entre ellos se encontraba Calcante, el archiconocido oritomántico, aquel que veía el futuro con la misma nitidez que el pasado y el presente, y que había conducido sus rápidas naves de guerra a través de todo peligro hasta llegar a la verde costa de Troya. Tomó la palabra con templanza.

—Tú, Aquiles, que eres el favorito de los dioses, quieres que explique por qué Apolo está furioso. Muy bien. Pero has de prometerme que me protegerás, pues creo que aquel que gobierna sobre nosotros va a enfadarse mucho.

—Dime sin miedo aquello que tengas que decir y te prometo que mientras yo viva ningún griego habrá de hacerte daño, ni siquiera el más noble de todos nosotros —lo instó Aquiles.

Así lo hizo Calcante, que explicó que el dios del sol no estaba furioso porque no hubieran sacrificado suficientes toros u ovejas, sino porque Agamenón hubiera afrentado a su sacerdote y a su hija, que tenía intención de reemplazarlo.

—Si Criseida, de frondosa cabellera y mirada astuta, no es devuelta a su padre, los griegos jamás ganarán esta guerra.

Dicho eso se sentó, pues sus piernas no soportaban su peso. No convenía jugar con la furia de Agamenón. El poderoso rey regañó a Calcante porque sus augurios jamás le habían sido favorables, y esa no era ninguna excepción. Se vería obligado a devolver a Criseida. Y ahí efectuó una pausa.

—Todos saben que la prefiero a ella antes que a mi esposa. ¿Por qué iba a devolverla entonces? De todos modos, lo haré. Pues ante todo quiero hacer lo mejor para el ejército. La dejaré, pero quiero recibir a otra mujer para compensar mi pérdida.

—Ya no quedan más mujeres —dijo Aquiles.

—Me da igual. Me quedo con la mujer de Ulises o con la tuya.

Fue demasiado para Aquiles.

—¡Avaro bastardo! Navegué hasta aquí para proteger tu honor y el de tu hermano. No tengo cuentas pendientes con los troyanos, ni me han robado los bueyes ni me han quemado la casa, muchos mares y montañas nos separan. Pese a todo navegué hasta aquí y, por tu bien, me enfrento a diario a sus afilados dardos, sus lanzas de acero, sus pesadas espadas y sus flechas certeras. Ni te atrevas a tocar a mi mujer, Briseida.

Agamenón se rio.

—Yo mismo iré y me la llevaré de tu tienda. Y ya puedes tratar de detenerme, si es que te atreves. Soy yo quien ostenta el máximo poder. Me lo ha concedido el todopoderoso Zeus, al igual que tú has recibido tu fuerza. Nadie habrá de desafiarme, ni siquiera tú, aunque estés emparentado con los dioses; con alguno de ellos, en todo caso, pues tu madre dejaba la puerta abierta día y noche.

Los demás dirigentes contuvieron la respiración. ¿Cómo iba a terminar aquello? Aquiles llevó la mano a su espada de plata, pero recapacitó.

—Si te llevas a mi mujer, nunca más me verás luchar entre los griegos y es algo que lamentarás amargamente. Tienes la valentía de un cervatillo, envías a otros al campo de batalla mientras tú te quedas retozando en el jergón con tu mujer.

Agamenón se puso en pie.

—¡Márchate! Estabas esperando la oportunidad. Todos saben que eres buen guerrero, pero que tu cerebro no es más grande que el de un gallo.

Aquiles dio un paso adelante con la espada en la mano, cuando Néstor, el viejo dirigente de Pilos, de voz profunda y suave como la miel, se plantó en medio.

—Hemos perdido a mucha gente en esta abominable guerra, no vamos encima a matarnos los unos a los otros. Soy viejo y he visto más grandes guerras y héroes que vosotros. Pero hasta ellos escuchaban mis consejos.

Agamenón profesaba un gran respeto hacia Néstor.

—Tus palabras son sensatas y haré como dices. Aunque ese de ahí crea estar por encima de todos nosotros.

—Pero si yo no soy el que acata órdenes disparatadas. Es más, prometo no luchar por mi Briseida, ahora bien, que te parta un rayo si tocas algún otro de mis presentes —respondió rápidamente Aquiles.

Se apaciguó la tormenta.

Aquiles regresó con su gente a sus naves alquitranadas mientras Agamenón elegía a veinte hombres, bajo la dirección de Ulises, para llevar a Criseida de vuelta con su padre al templo de Apolo.

A continuación, envió a dos de sus hombres de confianza para que recogieran a Briseida en la tienda de Aquiles y, entretanto, sacrificó cien cabras y bueyes para sosegar al dios del sol. El espeso humo ennegrecía el cielo, los hombres se lavaban en el mar y se sentaban

luego a comer las entrañas de los animales, a las que en realidad llamaban vísceras.

Los dos hombres que iban a recoger a Briseida avanzaban lentamente a la orilla del mar gris. No estaban contentos con su tarea. Estaban obligados a obedecer a su rey, pese a que aquella vez había ido demasiado lejos. La valentía de Aquiles era la única razón por la que los griegos no habían perdido esa guerra injusta.

Lo encontraron sentado junto a su nave alquitranada y se plantaron ante él sin atreverse a decir nada. Los recibió sin ira en el corazón, eran simples mensajeros, no era culpa suya. Su amigo y compañero de armas, Patroclo, trajo a Briseida, la joven que compartía cama con Aquiles. Estaba claro que ella era su esclava y él, su señor, pero eran jóvenes y bellos y en sus corazones habían crecido un deseo y un cariño mutuos. Les dolía separarse. Eso cualquiera lo veía. Briseida arrastraba los pasos tras los dos hombres que la llevarían hasta el lecho de Agamenón.

Aquiles esperó un momento, luego trató de hacerse a un lado, lejos de las miradas y el llanto de sus hombres. No sólo porque Agamenón lo hubiera humillado sino también porque se había prendado de Briseida, con sus ojos oscuros como la noche y sus bellos pómulos. Escondió el rostro entre las manos y brotaron las lágrimas.

—Oh, madre, me alumbraste a una corta vida. A cambio, Zeus me prometió un gran honor. Joven sigo siendo, honorable ya no. Vilipendiado como un perro sin dueño y privado de mi mujer, cuyas caricias habrán de consolar ahora a mi peor enemigo. Ya nunca más podré cabalgar en mitad de la batalla y habré de ver cómo los troyanos masacran a los griegos sin poder mover ni un dedo hasta que Agamenón o sus mensajeros vengan y me rueguen de rodillas que los salve.

Eso dijo hasta quedarse dormido con peso en el corazón.

Eso mismo hubiéramos hecho también algunos de nosotros —quedarnos dormidos, quiero decir—, pero no todos. Mi compañera de juegos, Dimitra, tenía lágrimas en los ojos. Me acerqué más a ella. «¿Por qué lloras?», pregunté. «No sé», me respondió en voz baja. Era una respuesta sobre la que pensar y yo quería consolarla, pero no se me ocurría cómo. La Señorita aspiró una profunda bocanada de aire, fue hasta la ventana y miró detenidamente hacia el cielo.

—Hasta en el infierno hace a veces buen tiempo —sentenció, y nos mandó a casa.

Dimitra y yo caminamos juntos, como de costumbre. Era una buena oportunidad para retomar la cuestión. Era una de esas tardes en el pueblo en que el sol se inclinaba hacia las grandes montañas que había al oeste como un pastor fatigado sobre su bastón.

—¿Por qué estás tan triste? —le pregunté a Dimitra.

—¿Te acuerdas de Katerina?

Hablaba en voz queda, como si formulara una proposición indecente, y tenía lágrimas nuevas en los ojos.

Me acordaba.

Katerina era la belleza del pueblo. Alta y delgada como un ciprés. Jóvenes de toda la comarca venían para poder verla. Cuando los domingos iba a la iglesia y cruzaba la plaza, se hacía un silencio en toda conversación. Podía estar con quien quisiera, pero su corazón latía por un hombre al que no podía alcanzar, puesto que ya estaba casado. Eso no fue óbice para que él la dejara embarazada. El padre de Katerina no podía cargar con semejante vergüenza. Tampoco su madre. La llevaron engañada hasta un campo lejano y, tras atarla al tronco de un viejo castaño, el padre le dijo que no quería hacerlo pero que no le quedaba más remedio, también por el bien de sus tres hermanas. A ningún hombre se le ocurriría casarse con las hermanas de semejante ramera. Nadie

podía cargar con semejante vergüenza. Y le asestó tres disparos en el corazón. Uno por cada hermana.

Se dirigieron a un gendarme y les contaron lo que habían hecho. Después, llegó el silencio. El silencio negro, largo y terco en el que se enterró a Katerina. Su amante emigró a América y su padre estuvo encarcelado un par de años porque se encontraron circunstancias atenuantes. Nadie mencionó el nombre de Katerina.

En realidad, no era difícil comprender por qué lloraba Dimitra. Pase lo que pase, al final siempre muere una mujer.

III

Al día siguiente me desperté con el repiqueteo de la lluvia contra mi ventana. El corazón me brincaba en el pecho. La sequía había durado demasiado. La tierra tenía sed.

Camino de la escuela Dimitra dijo que quizás nuestro pueblo no fuera el más bonito del mundo, pero el olor de la tierra después de la lluvia era tan maravilloso que el mundo entero se sentía como una caricia.

La Señorita ya había ocupado su lugar detrás de su cátedra. Sobre la pizarra negra había escrito con bonita caligrafía:

Ανάγκα και θεσί πείθονται.

Es decir: También los dioses obedecen a la necesidad.

Sobre eso teníamos que escribir una breve redacción. No teníamos ganas. Queríamos oír la continuación de la historia sobre héroes y lunáticos.

La Señorita hizo como los dioses. Obedeció a la necesidad y prosiguió de buena gana:

Agamenón, satisfecho por haber enseñado a Aquiles una lección, durmió mucho mejor aquella noche. Hacia el amanecer, sus sueños eran tan vívidos que se levantó, se puso la túnica, empuñó la espada y salió.

Qué deleite para el alma ver esa primera aurora que hacía que las naves, recubiertas de cobre, fulguraran en la bahía como girasoles. Además, estaba convencido. El

sueño era más que claro. Se trataba de una orden venida de lo más alto.

Sin demora, ordenó a sus heraldos que convocaran a los demás comandantes a un consejo en la tienda del viejo Néstor. No tardaron mucho en estar todos en sus puestos, inquietos y preocupados. ¿A qué venía aquella repentina llamada?

Una vez se sentaron y terminaron de cuchichear unos con otros, Agamenón tomó la palabra.

—¡Escuchadme, amigos! Esta noche, esta eterna noche, Zeus vino a mí. Se me presentó con tu rostro, Néstor, y con tu voz suave como la miel, aunque muy decidido. «¿Estás dormido, Agamenón?», me preguntó. «Tú, que eres hijo del gran domador de caballos, Atreo, y comandas a los aqueos, de largas cabelleras. (Así se llamaba por entonces a los griegos). Preparaos inmediatamente para la batalla, pues Troya, con sus amplias calles, será ocupada ahora, su destino está sellado. Ninguna deidad te lo impedirá». Quería preguntarle, quería asegurarme de que era él, de que no era ningún demonio maligno que se aprovechaba de mí en la desprotección de mi sueño, pero se había marchado. Preparemos, pues, a nuestros hombres para la última batalla. Pero, primero, quiero ponerlos a prueba. Estoy en mi derecho.

Efectuó una pausa para ver si había objeciones, pero nadie dijo nada.

—Voy a sugerir a los hombres que huyan del campamento y vosotros, cada uno por vuestra cuenta, habréis de intentar que se queden.

Pero ¿qué ocurrencia era esa?

El viejo Néstor, que durante más tiempo que nadie había gobernado Pilos, con sus luminosas playas de

arena, se puso en pie y habló, como de costumbre, con tranquilidad y consideración.

—Si cualquier otro nos hubiera venido con semejante propuesta y semejante prisa, sin duda la habríamos rechazado. Pero este no es el caso, puesto que quien habla es el más poderoso entre nosotros. Y por lo tanto os digo: ¡Ordenad a vuestros hombres que se preparen para la batalla!

Dicho eso, emprendió rumbo hacia la tienda donde estaban sus hombres. Los demás hicieron lo mismo, hombres majestuosos con cetros reales llamaban a los guerreros, que salían corriendo de sus tiendas y de sus naves como enjambres de abejas. Nueve heraldos hicieron falta para hacerlos callar y para que, así, pudieran escuchar aquello que Agamenón tenía que decirles. Dio un paso hacia delante con su cetro en la mano, que en realidad era el más hermoso de todos. El mismo Hefesto, lisiado dios de la artesanía y esposo de la diosa del amor, Afrodita, lo había forjado con una destreza incomparable.

—¡Escuchadme, amigos, valerosos guerreros y vasallos! El todopoderoso Zeus ya me engañó una vez haciéndome creer que la victoria en esta batalla era nuestra. Ahora su mensaje es otro. Me ordena regresar a casa inmediatamente y yo no puedo hacer otra cosa. Pero la vergüenza es grande y nuestros descendientes jamás habrán de comprender cómo no pudimos subyugar a los troyanos, que eran muchos menos que nosotros. Si ahora mismo se estableciera la paz y nos sentáramos a comer y a beber junto a ellos, y cada troyano tuviera a diez de los nuestros a su cargo, muchos de nosotros nos quedaríamos sin comida ni bebida. Uno de los suyos contra diez de los nuestros. Han pasado nueve largos años, las naves se nos están pudriendo y las anclas se nos están oxidando. Nuestras mujeres y nuestros hijos nos

han estado esperando y ahora debemos regresar sin lograr aquello para lo que habíamos venido.

»Conque esto os digo y habéis de obedecerme.

»Navegaremos de vuelta a casa. Jamás caminaremos por las amplias calles troyanas.

Después de estas palabras, los hombres echaron a correr hacia sus tiendas y naves, con el polvo moviéndose en derredor y formando una nube encima de su morriña.

Ese día la guerra podría haber terminado.

Pero fue Ulises el primero en encargarse de que eso no sucediera. Tomó prestado el cetro de Agamenón, corrió de tienda en tienda y de nave en nave y exhortó a los hombres a que permanecieran, a que no se rindieran ahora que la victoria y la dulce hora de la venganza estaban cerca.

—Entiendo que todos echéis de menos vuestro hogar —dijo—, pero no volveremos a casa como unos perros cobardes de los que se avergüencen nuestras mujeres e hijos.

El viejo y sabio Néstor también intervino. Recordó a los hombres que Zeus les había prometido la victoria, pero no que fuera a ser fácil.

Néstor echó más leña al fuego:

—Os vengaréis por cada suspiro y cada gemido que la infiel Helena dejó oír a su amante. Yaceréis con las esposas de los troyanos en sus mullidas camas.

Tras haberlo escuchado, los hombres recobraron su espíritu de lucha. Bajo la tenue luz del final de la tarde veían las bellas murallas de Troya a lo lejos, sabían qué tesoros y qué placeres se escondían tras ellas. Además, todos querían ver a la mujer más hermosa del mundo: la bella Helena, más hermosa que todas sus fantasías.

Los aqueos se prepararon para la última batalla. Se habían congregado infantería y caballería venidas de

Esparta y Micenas, Argos y Tebas, Chipre y Creta; en definitiva, de todos los rincones de la Hélade. El poderoso ejército avanzaba lento como el fuego sobre la hierba, e igual de peligroso.

Los centinelas troyanos, apostados sobre las altas colinas que rodeaban la ciudad, avistaron lo que venía de camino e hicieron sonar las alarmas. No había mucho tiempo para hablar y deliberar. El hijo del rey, Héctor, que comandaba la defensa de la ciudad, mandó abrir las puertas. Hombres, caballos y carros salieron a toda prisa. Tomaron sus puestos y aguardaron la tormenta, mientras ancianos y ancianas se retiraban para rogar a los dioses y se oía un murmullo como el de las cigarras en un olivar.

Llegados a ese punto, la Señorita efectuó una pausa y mi compañera de juegos, Dimitra, no pudo contenerse.

—Señorita, ¿por qué eran tan atroces los griegos? ¿Por qué abusaban de las esposas e hijas de los troyanos?

La Señorita gesticuló con las manos.

—No para disfrutar en el regazo de las mujeres sino para humillar a sus hombres. Así se hacía a veces y así se sigue haciendo. El cuerpo de la mujer es el campo sobre el que los hombres se pisan, unos a otros, el honor y la gloria.

—Tengo catorce años y mi cuerpo no es ningún campo. Yo soy mi cuerpo.

La Señorita la miró sorprendida.

—Espero que no lo olvides jamás —dijo.

La lluvia arreciaba. Caía como si el cielo fuera un arca que se nos estuviera vaciando encima. De repente, unos soldados alemanes irrumpieron en el patio de la escuela totalmente desnudos. Chillaban y correteaban, y sus penes, de piel clara, se columpiaban arriba y abajo y a los lados. También los alemanes habían ansiado la lluvia.

—Ya están jugando los niños —dijo la Señorita.

Aquello, en realidad, me daba igual. Lo único que yo quería era tocarla, allí donde estaba ella, con su largo y blanco cuello.

—¿Los está llamando niños, Señorita? —pregunté.

Su mirada se posó finalmente sobre la mía.

—Lamentablemente. Es lo que son —respondió.

Su respuesta fue la única caricia que recibí aquel día.

Había llegado la hora de irse a casa. Dimitra se detuvo de repente bajo la morera que había frente a su casa. A falta de nieve, cuando éramos pequeños solíamos restregarnos bayas maduras.

—Prométeme que jamás serás tan atroz —dijo.

—Te prometo que no volveré a restregarte más bayas.

Emitió un suspiro exagerado.

—Me refería a que no fueras tan atroz como los aqueos, ¡bien lo sabes!

Cuando pasamos por delante de la casa de la Señorita, logré vislumbrarla. Estaba frente a la ventana con los brazos cruzados, como si quisiera mantener el corazón en su sitio. Parecía pequeña y sola. A veces daba largos paseos por los campos y los olivares a paso rápido. Su falda negra ondeaba. Iba rápida como si fuera detrás de alguien o como si alguien fuera tras ella.

No se podía precisar cuál de las dos cosas.

IV

Al día siguiente volvieron a sonar las sirenas, aunque un poco más tarde. Aquella vez, el batallón alemán estaba preparado y los cañones antiaéreos obligaron a los pilotos ingleses a mantenerse más arriba. Las bombas caían aleatoriamente y otra vez buscamos refugio en la gruta. Sin pensarlo, ocupamos los mismos puestos que la vez anterior. La Señorita nos miraba sonriente. Entrecerré el ojo izquierdo y fingí que su sonrisa iba dirigida sólo a mí. «Bueno, ¿con qué nos ponemos hoy?», preguntó para meterse con nosotros. Sabía exactamente lo que queríamos y prosiguió con la historia:

Los troyanos avanzaban gritando como grullas, un sonido capaz de atemorizar a cualquier corazón. Los aqueos, en cambio, caminaban en absoluto silencio, y ese silencio resultaba aún más aterrador.

Ambos ejércitos se movían rápido por la llanura, el polvo se arremolinaba, se veían unos a otros como a través de una niebla, pero un hombre avanzaba por delante de todos los demás troyanos a zancadas. Su aspecto era majestuoso, con una piel de pantera sobre el hombro, arco y espada. En la mano derecha blandía dos lanzas recubiertas de cobre y retaba a los principales guerreros aqueos a un duelo mortal. Era Paris, el hombre que había apartado a Helena de los brazos de su marido y de su hogar; Paris, que más que ningún otro era el responsable de esa abominable guerra.

Frente a todos los aqueos iba precisamente el esposo traicionado, Menelao, rey de Esparta. Sus largos cabellos y su larga barba le ocultaban todo el rostro, salvo los ojos. Se dirigió directamente hacia Paris con semejante decisión que este se volvió y buscó protección entre los suyos.

Héctor, el más destacado troyano y hermano de Paris, montó en cólera y regañó al cobarde mujeriego cuyo bello rostro había acarreado tantos males para la ciudad de Troya y para sus gentes.

—¿Acaso tienes miedo de encontrarte con el hombre cuya esposa has robado? ¿Qué clase de escoria eres? —gritó Héctor, y Paris lamentó su cobardía, no quería quedar en ridículo ante todos los troyanos y aqueos.

Se ofreció a encontrarse con Menelao y retarse a un duelo a muerte, pero sólo bajo la condición de que la guerra terminara independientemente de quién venciera. Ya no habría más muertos, ya no habría más viudas ni huérfanos, y Helena se iría con el vencedor.

Héctor y todos los demás troyanos convinieron en que era una buena propuesta.

También Menelao opinó que se trataba de una buena propuesta.

—Ya todos hemos sufrido bastante por algo que, en realidad, nos atañe sólo a Paris y a mí. Uno de nosotros dos ha de morir, pero todos vosotros deberíais establecer la paz lo antes posible. Permitidnos primero ofrecer un sacrificio a los dioses y ante ellos jurar que honraremos este acuerdo.

Así quedó decidido, y algunos hombres partieron en busca de animales que sacrificar, bueyes y ovejas. Ambos ejércitos clavaron las lanzas sobre el suelo seco y se sentaron, con el alma contenta por no tener que seguir luchando. El ruido se amortiguó. Tan sólo se oían algunas

ovejas que, de alguna manera, intuían lo que las aguardaba y emitían balidos desgarradores.

En el palacio de Troya, Helena estaba intentando mitigar su desasosiego tejiendo una túnica púrpura cuando recibió una visita. Era una de las hermanas de Paris, la más bella, que le habló del inminente duelo que tendría lugar entre su antiguo marido y su amante.

—El vencedor se quedará contigo y todos los demás viviremos en paz —dijo.

Helena sintió de repente una punzada en el vientre que la hizo doblarse en dos.

—¿Estás embarazada? —preguntó su cuñada con alegría expectante.

Helena no estaba embarazada, pero sí grávida de añoranza por su antiguo marido y de imágenes de su ciudad, Esparta, y de sus amigas con sus cortos vestidos. Los ojos se le anegaron de lágrimas al pensar en los campos de olivos y de limoneros y en las claras y agitadas aguas del río. Había abandonado aquello por el amor que sentía hacia un desconocido, pero los recuerdos no la abandonaban a ella. En su corazón vivían una vida propia.

—No, no estoy embarazada —dijo.

Se puso un velo azul brillante y se encaminó hacia las murallas de la ciudad, desde donde podría ver la inminente lucha. No sabía bien qué deseaba en lo más profundo de su interior. Ser invisible, tal vez... la ensoñación más común del forastero. Sabía que todos fijarían su mirada en ella.

Se habían reunido muchas personas. El rumor de que Menelao y Paris se batirían en duelo atraía a todos los que no habían muerto en la batalla. Niños pequeños, mujeres, ancianos. Todos miraban a Helena y todos la culpaban, o eso creía ella. Era ella quien había traído consigo la

desgracia y la muerte. Era ella el origen de todos los males.

Pero estaba equivocada. Los hombres se deleitaban con su belleza, sobre todo los ancianos que suspiraban profundamente, como si vieran pasar una primavera más, pero carecieran de fuerzas suficientes para seguirla.

En un saliente de las elevadas murallas estaba sentado Príamo con sus consejeros y uno de ellos le susurró que merecía la pena iniciar una guerra por semejante mujer, que sólo se muere una vez. El velo de Helena les permitía, pese a todo, imaginar sus turgentes senos y su piel suave como la seda.

Príamo la acogió como a una hija.

—Ven y siéntate aquí conmigo. Tu marido y mi hijo se batirán a muerte pronto. ¿Quién es su rival? ¿Es aquel que tiene la cabeza más alta que todos los demás o aquel que parece más bajo, pero de anchos hombros como un león?

—No, mi rey, el alto es Agamenón, soberano de muchas ciudades y numerosos guerreros. El otro es Ulises, cuya lengua es más afilada que su espada.

—¿Ves a tu antiguo marido por alguna parte?

—Sí, es aquel que permanece totalmente inmóvil, pero es sólo una ilusión. Es fuerte como un buey y rápido como un tigre. Quieto es cuando mayor peligro supone.

En la extensa llanura a los pies de las murallas se habían sacrificado ovejas y bueyes, y el humo ascendía directamente hacia el cielo, difícil de interpretar. Los dos contendientes avanzaron a zancadas. Paris y Menelao. Ahora se decidiría el final de la guerra y también en qué lecho se despertaría ella a la mañana siguiente. Helena estaba enamorada de Paris, pero al mismo tiempo echaba de menos a Menelao. Estaba a gusto en la ciudad de Paris, con sus bellas murallas y amplias calles, pero

también amaba la Esparta de Menelao, carente de muros más allá de sus mujeres y sus hombres; adoraba el mar turquesa que se extendía frente a Troya, pero al mismo tiempo añoraba el río que cruzaba Esparta.

No podía elegir. Quería tenerlo todo. Y los dioses nunca dan todo a nadie. Eso lo sabía. Por eso cerró los ojos cuando los dos hombres empezaron a caminar despacio el uno hacia el otro con las lanzas en alto.

En la gruta reinaba el silencio, hasta tal punto que se podría oír hasta el pedo de una pulga.

—¿Cómo fue? —gritó Dimitra impaciente.

La Señorita sonrió.

—La próxima vez que vengan los aviones lo sabréis —dijo.

—Pensaré en ello toda la noche —dijo Dimitra, y a la Señorita se le escapó una risotada. Rara vez le pasaba y me sorprendí. Parecía como si no quisiera reír. Se tapó la boca con la mano, como si quisiera mantener la risa encerrada.

El cuello le transpiraba, pese a que no hacía nada de calor en la gruta. Las gotas de sudor parecían un collar de perlas. Se las enjugó con un pañuelo blanco que olía a limón.

Era hora de ir a casa.

La Señorita viajaría esa misma tarde a ver a una compañera y amiga en un pueblo cercano.

Esta vez, una bomba había impactado contra el viejo acueducto que habían levantado los romanos y contra el molino de viento que siempre había estado allí. Las velas estaban inmóviles, hechas jirones.

—Ahora el viento va a soplar en vano —dijo Dimitra.

V

Al día siguiente los aviones no vinieron y la lección se iba a impartir como de costumbre. Visitar a su amiga la víspera había animado a la Señorita, que llevaba una pañoleta roja anudada al cuello. La hacía parecer una peonía. Intentó explicarnos qué entrañaba la sintaxis ática, pero toda la clase quería saber cómo había ido el duelo entre Menelao, el esposo traicionado, y Paris, el seductor.

La Señorita cedió, pero yo creo que ella también ansiaba continuar. Adoptó su semblante característico. Se cubrió la cara con las manos como si quisiera esconderse de nosotros para, justo después, retirarlas y reaparecer despacio como la luna detrás de las nubes:

Había llegado la hora. Troyanos y aqueos habían comido de los animales sacrificados hasta saciarse. No así los dos contendientes. Uno de ellos habría de morir. Se habían hecho a un lado, rodeados de sus hombres de confianza, que los aconsejaban y alentaban. «Paris sin su arco no vale nada», dijo Ulises. «Menelao es fuerte, pero lento. Tómallo por sorpresa», dijo Héctor a Paris.

Eso fue precisamente lo que ocurrió. Paris arrojó la lanza antes de que a Menelao le diera tiempo a tragar la saliva que tenía en la boca. El escudo, de buena factura, lo salvó, después de lo cual él mismo disparó su lanza con una fuerza descomunal. Esta atravesó el escudo de Paris y la afilada punta le practicó un leve rasguño. Menelao se

abalanzó hacia delante de un brusco salto y trató de clavar la espada en el casco de Paris, adornado con crin de caballo. Entonces ocurrió algo sorprendente. La espada se partió en dos. Menelao no creía lo que veían sus ojos y, en lo que duró ese breve instante, Paris logró escapar. Menelao fue tras él, también los troyanos fueron tras él, pero conocido por sus veloces piernas ya se había marchado, camino de la ciudad y de su hogar.

También allí había buscado refugio Helena, que le reprochó con acritud su cobardía y haber alardeado de ser mejor que su esposo en todo, tanto en el campo del honor como en el lecho conyugal. Paris, desolado, se arrodilló ante ella y quiso explicarse. No, no era cobarde. Sencillamente se había dado cuenta de repente de que podía morir. Entonces se había apoderado de él un deseo tal que le había nublado el sentido. Quería que fuera suya como nunca antes, ni siquiera la primera vez que se habían acostado su atracción había sido tan fuerte. El cuerpo entero le temblaba. No quería morir como un héroe, ni de ninguna otra manera, sin haberla sujetado entre sus brazos una última vez.

Helena vio las lágrimas sobre sus mejillas, vio ese bello rostro que la había hecho abandonar su hogar, a su marido y a un hijo recién nacido y cubrirse, así, de desgracia y vergüenza. Recordaba su primer abrazo como si fuera ayer. Habían cabalgado un día y una noche enteros sin cesar para alejarse de Esparta tanto como fuera posible. Durante la mañana del segundo día llegaron a una bahía desierta en el golfo de Corinto. Estaba saliendo el sol. Se apearon de los caballos y se lanzaron el uno sobre el otro con una seguridad que jamás volverían a experimentar. Las cosas habían sucedido así porque no habrían podido suceder de ninguna otra manera. Estaba destinada a desearlo. Aun cuando él mintiera, aun cuando

no fuera el hombre que ella creía que era. Le perdonó su cobardía y lo acompañó a la alcoba.

Mientras yacían abrazados, la gente seguía buscando a Paris por todas partes en vano. Hasta los troyanos ayudaban, puesto que el final de la guerra les convenía más que la vida de Paris. Finalmente, Agamenón tomó la palabra.

—¡Escuchadme ahora, troyanos y aqueos! Es evidente que Paris ha abandonado la batalla y, por lo tanto, la victoria ha de recaer en Menelao. Conozco a mi hermano. Una victoria así le resulta amarga. Pero es una victoria. Y eso significa que Helena habrá de regresar a él con todos los tesoros que se llevó de casa, y que se habrán de pagar unas reparaciones de guerra justas. Después, navegaremos de vuelta a casa en nuestras cóncavas naves y la paz reinará entre nosotros tal y como hemos prometido ante los dioses con sacrificios y juramentos.

Los hombres estaban cansados de la guerra y prorrumpieron en vítores.

Pero los dioses no estaban complacidos. Tampoco Menelao. Quería ver a Paris yacer muerto sobre la tierra seca, quería ver cómo la tierra se teñía de sangre, quería que todos lo presenciaran y recordar que no hay impunidad para quien roba la esposa a otro hombre.

Un poco apartado, Menelao meditaba iracundo, cuando de pronto sintió un dolor punzante en el estómago. Una flecha negra le había atravesado la cuera y el cinturón. La sangre le brotaba de la herida. Agamenón fue corriendo hasta su hermano herido.

—Los troyanos han roto la tregua. Esto les costará caro, pero primero hemos de ocuparnos de la herida —dijo. Al final, resultó que no era tan grave como habían temido.

Justo a continuación, los aqueos irrumpieron en el campo, profundamente resentidos por el engaño de los troyanos. Estos se sorprendieron, pues no sabían nada de la flecha que había herido a Menelao. Tardaron un buen rato en poder ofrecer resistencia. Además, les faltaba su comandante, Héctor, que como creía que imperaba la tregua se había marchado para encontrarse con su esposa y su hijo recién nacido.

Héctor quiso correr de vuelta al campo de batalla. Andrómaca, su esposa, le rogó que se quedara donde estaba, que no la dejara a ella viuda ni huérfano a su hijo.

—Si te pierdo a ti, lo pierdo todo —dijo Andrómaca, y era verdad. Su padre y sus hermanos habían perecido en diversas guerras, su madre y sus hermanas servían como esclavas. Ella era la única libre y amada. Andrómaca colocó al niño sobre el regazo de su padre, pero el casco decorado con crin de caballo asustó al pequeño, que se echó a llorar. Entonces Héctor se quitó el casco, tranquilizó al niño y acarició suavemente a su esposa en la mejilla. Ella le sonrió con los ojos anegados por las lágrimas.

—Amor mío, no estés triste. Nadie va a matarme antes de que me llegue la hora. Pero sé que la hora nos llega a todos por igual, tanto a cobardes como a valientes. Hasta entonces he de proteger nuestra ciudad y nuestra libertad. Nada me dolería tanto como que acabaras siendo esclava en la cama de alguno de ellos. Así que ahora ve a casa con nuestro hijo y déjame cumplir con mi deber —dijo Héctor.

Andrómaca lo sujetó con firmeza y el calor de su cuerpo hizo dudar a Héctor durante uno o dos segundos, pero se liberó de su abrazo con gran pena y ternura y emprendió rumbo a su destino. Justo después, Paris hizo lo mismo, como un perro con el rabo entre las piernas y

decidido a demostrar que era mejor hombre de lo que había sido.

Los troyanos perdieron a muchos buenos guerreros en la vorágine de las primeras horas, pero cuando Héctor y Paris aparecieron, sus fuerzas se vieron renovadas y también ellos acabaron con muchos aqueos. La batalla se prolongó todo el día. Numerosos hombres valientes de ambos bandos sufrieron la muerte negra, los heridos gemían de dolor, los caballos que habían perdido a sus jinetes galopaban aterrados entre la gente de a pie y provocaban un miedo y un daño aún mayores.

El sol ya apenas alumbraba y se acercaba la noche cuando Héctor alzó su larga lanza. Con esa señal ordenaba a sus hombres que dejaran de luchar. Lo mismo hizo Agamenón y los dos ejércitos se quedaron a escasos metros, ensangrentados, exhaustos, afligidos. Ambos habían perdido a algunos de sus mejores guerreros y amigos.

Fue entonces cuando a Héctor se le ocurrió una idea.

—Escuchad ahora, troyanos y aqueos, esto que me pesa en el corazón. Rompimos el acuerdo al que llegamos esta mañana. Sugiero que lo volvamos a sopesar. Así son las cosas: o tomáis nuestra ciudad y nosotros somos derrotados, o vencemos nosotros y vosotros sois derrotados. Aquí están los mejores hombres de la Hélade. Elegid al mejor de los vuestros para que luche contra mí, hombre contra hombre. Si mi rival me mata, puede llevarse mi armadura a su nave, pero mi cadáver se entregará a los troyanos y sus esposas habrán de quemarlo en piras. Y si yo, con la ayuda del dios del sol, tumbo a mi adversario, entonces me llevaré su armadura y la colgaré en el templo sagrado, pero su cuerpo se os entregará para que lo enterréis. No dudéis en erigir una estatua suya junto al Helesponto para que todos los que naveguen por allí

puedan verla, y escribid que aquel hombre, valeroso como era, murió en manos del fulgurante Héctor, de modo que mi nombre viva eternamente.

Tras las palabras de Héctor se hizo un silencio frío como un viento del norte. Muchos aqueos se avergonzaban de no atreverse a aceptar el desafío y Menelao, herido, no pudo contenerse.

—Parecéis niñas —los injurió Menelao, y comenzó a ponerse la armadura para ir al encuentro de Héctor. Era una auténtica locura y todos lo sabían. Agamenón lo hizo entrar en razón.

—Has perdido la cabeza, hermano, no puedes ir al encuentro de un guerrero tan superior como Héctor ahora que estás herido. —Menelao recobró la cordura y volvió a sentarse.

También el viejo Néstor alardeó de que, si los años no le pesaran tanto, de buena gana acudiría al encuentro de Héctor. Esto surtió efecto. Nueve reyes y el comandante Agamenón se ofrecieron como voluntarios. Pero sólo se necesitaba uno, que se eligió con ayuda del azar.

Resultó ser Áyax, rey de Salamina, que había navegado hasta Troya con doce naves. Era un hombre alto y apuesto, de ademanes suaves pero un león en la batalla. Incluso Héctor palideció cuando Áyax se plantó ante él con un escudo fabricado con la piel de siete bueyes y recubierto con una lámina de bronce, y con la lanza más larga que jamás había visto.

Como dictaba la costumbre, intercambiaron insultos a modo de calentamiento.

—Te crees grande y poderoso, Áyax. Pero lo que yo veo ante mí es una basura con patas y un gran escudo —dijo Héctor.

—Tírate un gas mientras puedas —respondió Áyax modestamente y levantó su brazo armado.

—Aún no ha nacido ningún aqueo que pueda conmigo —bufó Héctor y arrojó su lanza. Zumbó en el aire más rápida que un destello, no había manera de esquivarla, y perforó la lámina de bronce del escudo y las seis pieles de buey, pero no la séptima y última, que estaba reforzada con hilos de plata.

Áyax corrió mejor suerte. Su lanza resbaló por el escudo de Héctor y le rasgó el cuello. Le brotaba sangre de un rojo oscuro y los troyanos contenían la respiración mientras los aqueos cantaban victoria antes de tiempo. Héctor no estaba gravemente herido. Cogió una piedra y se la tiró a Áyax y este le arrojó una piedra aún más grande, que alcanzó a Héctor en la rodilla e hizo que se doblara de dolor. Áyax se abalanzó sobre él con su gran espada para ensartársela cuando, como por obra de un milagro, se interpusieron dos heraldos e interrumpieron la batalla, ya que se había hecho de noche y la noche ha de acatarse.

Ambos guerreros estaban satisfechos por haber sobrevivido, intercambiaron obsequios para demostrarse su mutuo aprecio y Héctor, que era el más elocuente de los dos, dijo que luchaban como maníacos, pero se despedían como amigos.

Héctor volvió a su casa, en Troya, donde su padre lo estaba esperando, al igual que su esposa, acompañada de otras mujeres con largos vestidos que arrastraban por el suelo.

Áyax fue celebrado como vencedor por sus compatriotas. Agamenón sacrificó un toro, que trocearon, asaron al espeto y comieron hasta saciarse.

A la mañana siguiente no se reanudó la batalla. Ambos bandos querían enterrar a sus muertos. Los troyanos lo hicieron sin cantos fúnebres, quemando sus cuerpos en piras en completo silencio.

Los aqueos, en cambio, lloraron las muertes con discursos y sacrificios, y guardaron las cenizas de los muertos para poder llevárselas consigo a casa, junto a sus esposas e hijos. Resultó también que ese mismo día llegaron varias naves mercantes procedentes de la isla de Lemnos con cientos de ánforas de vino, que trocaban por joyas, pieles de buey o esclavos.

También los troyanos compraron vino y esa noche apenas ningún guerrero se fue a dormir sobrio.

Así son las cosas. Amamos de manera distinta y lloramos las muertes de manera distinta.

La Señorita sacó su pañuelo con olor a limón y se secó el cuello y la nuca.

—Ahora creo que es mejor dejarlos dormir, que mañana será otro día —dijo.

—Eso no vale —gritó Dimitra.

De nada sirvió. Nos mandaron a casa.

Mi padre no bebía. Jamás lo había visto borracho.

—Somos nosotros los que bebemos vino. No el vino a nosotros —solía decir.

El padre de Dimitra, en cambio, no podía dejar de servirse *ouzo* o vino hasta que todas las botellas estuvieran vacías. Tampoco es que se pasara nunca de la raya, tan sólo se volvía muy locuaz y fanfarrón.

—Cuando mi padre bebe, es doblemente él. Ningún otro —dijo Dimitra.

No teníamos ganas de irnos a casa. Nos sentamos en el columpio que colgaba de la morera. Nos balanceamos despacio, adelante y atrás. Noté el muslo de Dimitra contra el mío y me sentí pletórico, pese a estar enamorado de la Señorita.

«Amamos de manera distinta y lloramos las muertes de manera distinta», había dicho ella.

«Puede», pensé yo.

Justo entonces apareció el padre de Dimitra.

—Uy, pero ¿qué tenemos aquí? Vaya tortolitos —dijo.

Dimitra enrojeció del todo. Su padre realmente parecía el doble de grande de lo que era. Sus gestos crecían en extensión y ocupaba la mitad del camino, meciéndose con las piernas.

—¿Qué te dije? —me susurró Dimitra.

Su padre se plantó ante mí y con cierto esfuerzo se puso serio, casi estricto.

—¡Ya sabes cuánto quiero a mi hija!

Aquello me pilló de improviso.

—Me lo puedo imaginar, señor P.

—Muy bien.

No dijo nada más. Siguió caminando hacia casa y Dimitra fue tras él, imitando su paso titubeante. Su coleta se mecía de un lado a otro. Antes de entrar, se giró hacia mí y sonrió. Qué guapa se había vuelto.

Se había hecho de noche. Del cielo cayó una estrella.

No tuve tiempo de pedir un deseo. De haberlo tenido, sabía qué habría pedido.